

El sentido de la filiación divina

Jutta Burggraf

Instituto Académico Internacional de estudios
sobre el matrimonio y la familia - Medo, Rolduc (Holanda)

«De lejos —allá, en el horizonte— parece que el cielo se junta con la tierra», solía decir el fundador del Opus Dei. «No olvides que, donde de veras la tierra y el cielo se juntan, es en tu corazón de hijo de Dios»¹. En el curso de su vida, el beato Josemaría habló con conmovedora intimidad del misterio de la filiación divina. Sus palabras, llenas de autenticidad, llegaban a los hombres. Se notaba que provenían de alguien que había sido tocado e impelido por la conciencia de ser hijo de Dios.

I. LA EXPERIENCIA DEL AMOR DIVINO

Las enseñanzas del beato Josemaría en torno a la filiación divina hunden sus raíces en una experiencia clave del año 1931. En aquellos tiempos, el joven sacerdote se sentía débil e indigno ante la grandeza de la misión divina de hacer que los hombres descubrieran de nuevo el camino de la santidad en medio de los deberes cotidianos y de las ocupaciones profesionales. Se daba cuenta de que solo no podía llevar a término semejante empresa, que sin duda era necesaria. En esta difícil situación sintió —como a menudo decía— la «gracia más grande de su vida»². En medio

1. *Surco*, n. 309.

2. Cfr. A. ARANDA, en *Santos en el mundo. Estudio sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá*, al cuidado de Pilar Vega, Madrid 1993, p. 17.

del ajetreo de la ciudad, mientras estaba inmerso en oración en un tranvía, le conmovió profundamente el misterio de la filiación divina. En ese momento comprendió radicalmente, en su esencia más íntima, aquello en lo que ya creía con viveza: Dios no es un frío dominador del mundo, no está «allá lejos, donde brillan las estrellas». Más aún, es nuestro Padre, «Padre al cien por cien». Se preocupa de nosotros en todas las situaciones de nuestra vida, nos ama a cada uno «más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos»³. «Sentía en mí la acción del Señor», comenta respecto a lo ocurrido en el tranvía. «Dios mismo modelaba en mi corazón y sobre mis labios con un poder irresistible la tierna exclamación “¡Abba! ¡Padre!”»⁴.

Gracias a aquella irrupción de gracia de 1931, el beato Josemaría se introdujo desde joven, con una profundidad inefable, en el misterio de la filiación divina. Lo que había sentido lo marcó para siempre y dejó una huella decisiva en sus enseñanzas. De modo que puede decirse sin exagerar que *todos* sus consejos sobre la vida espiritual se apoyan en fin de cuentas en la filiación divina⁵. Debe aclararse también que resulta muy difícil descubrir, en sus fecundos escritos sobre esta verdad de fe, un progresivo desarrollo. Sin duda, encontramos acentos distintos, y cabría subrayar diferentes enfoques según las circunstancias; pero toda la enseñanza del beato Josemaría al respecto es en el fondo el despliegue de lo experimentado en 1931. En numerosos pasajes de sus obras se refiere (con más o menos claridad) a esa experiencia central y, en concreto, a la alegría inefable de saberse rodeado por el amor paternal de Dios: «la vida me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios», confiesa, «y he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre»⁶. «No se han inventado

3. *Camino*, n. 267. Esta expresión, muy utilizada por el fundador del Opus Dei, se encuentra también en otros pasajes de su obra: cfr., por ejemplo, *Forja*, n. 929.

4. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en *Artículos del Postulador*, Roma 1979, n. 70.

5. Cfr. la homilía *La conversión de los hijos de Dios*, en *Es Cristo que pasa*, n. 64: «La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei».

6. Homilía *El trato con Dios*, en *Amigos de Dios*, n. 143.

todavía las palabras, para expresar todo lo que se siente —en el corazón y en la voluntad— al saberse hijo de Dios»⁷.

Por una parte, no hallamos en los escritos del beato Josemaría nuevas percepciones sustanciales sobre la doctrina de la filiación divina. Precisamente sus primeras obras de los años treinta (*Camino, Santo Rosario*⁸) hablan de la paternidad divina con una intimidad difícil de superar. Las expresiones fundamentales aparecen de nuevo en las obras del período intermedio de su vida⁹, y se repiten más tarde en sus últimos escritos, como puede verse en la homilía *El Espíritu Santo, el gran desconocido*¹⁰ o en *Via Crucis*¹¹.

Mas, por otro lado, debe advertirse que *el tipo de presentación* varía notablemente. Mientras los primeros escritos se encuentran permeados de una experiencia espontánea y subjetiva, los escritos posteriores poseen una orientación más «reflexiva» y datos objetivos¹². En estos últimos escritos se transparenta con toda probabilidad el empeño del autor por adecuar sus experiencias personales a la espiritualidad tradicional de la Iglesia, de manera que también *otros* puedan identificarse con ellas.

Para el fundador del Opus Dei, penetrar teóricamente en una verdad de fe no significa dejar de lado la piedad filial, sino, al contrario, motivarla constantemente de forma renovada. Aun cuando con el paso del tiempo considere su experiencia originaria del amor divino en términos más generales, jamás habla del misterio de la filiación divina de forma teórica, distante; sino que se refiere a él con la vibración de un hombre que recuerda, incluso

7. *Surco*, n. 61.

8. La primera edición de *Santo Rosario* es de 1934.

9. Cfr., por ejemplo, *Surco, Forja* (preparadas principalmente en los años 40 y 50, y publicadas póstumas); o también las homilías *Vocación cristiana* (1951), en *Es Cristo que pasa*; *Vida de oración* (1954), en *Amigos de Dios*.

10. Homilía *El Espíritu Santo, el gran desconocido* (1969), en *Es Cristo que pasa*.

11. Publicado por vez primera en 1981.

12. Podría explicarse este cambio por el hecho de que las primeras obras han sido concebidas en buena parte como colección de aforismos, al paso que en las posteriores prima el género de las homilías; en cualquier caso, habría que preguntarse por qué el autor prefiere primero un género literario y después otro.

habiendo pasado decenios, la fuerza con que el amor de su vida ha hecho presa en él, sin abandonarlo jamás. El modo como medita en su madurez es (así podría quizá expresarse) de consciente interioridad, de fundada intimidad, y, por ende, todavía más «humano» que en sus años juveniles, por cuanto todas las facultades específicamente «humanas» han logrado una perfecta integración y encuentran una expresión adecuada.

Los escritos tardíos del beato Josemaría se diferencian de los juveniles no sólo por su estilo, sino también por los temas esenciales que aborda. Y, así, en los textos más elaborados se integran con mayor claridad las expresiones del Magisterio y las conclusiones de la teología sistemática¹³. Lo que antes estaba presupuesto, ahora se encuentra explícito. La razón de esto podría encontrarse en la reconocida falta de formación de sus destinatarios. Sobre todo a partir de una cierta fecha —hacia la segunda mitad de los años sesenta—, la profundización doctrinal se torna cada vez más necesaria en la predicación, para ayudar a los fieles a edificar su propia vida espiritual sobre el fundamento seguro de la doctrina de la fe. También la preocupación del beato Josemaría por la teología y por la Iglesia desempeña un papel importante: en una época que vive un proceso de disolución, y en la que el *sentimiento subjetivo* se eleva frecuentemente a medida de todas las cosas, el fundador del Opus Dei intenta poner la propia experiencia del amor divino al servicio de la Iglesia: de modo que ésta quede asegurada, también *objetivamente*, al enlazarla con el Magisterio auténtico.

II. EL FUNDAMENTO DOGMÁTICO

En los escritos del beato Josemaría sobre la filiación divina pueden descubrirse, según la teología clásica, dos líneas estructurales que se entrecruzan íntimamente y, en cierto modo, se condicionan una a otra. La primera se dirige desde lo alto hacia

13. Cfr., por ejemplo, los comentarios a *Gal 4,5* en las homilias *La conversión de los hijos de Dios* (de 1952) y *Cristo Rey* (de 1970), en *Es Cristo que pasa*, nn. 65 y 183. En la segunda homilía (en un pasaje casi idéntico) se añade una referencia a la acción del Espíritu Santo en la Virgen María.

abajo, desde la Trinidad al corazón del hombre, y suele conocerse tradicionalmente como «inhabitación». La otra discurre en sentido contrario, desde la naturaleza humana hacia la divina; se la llama «elevación». Una y otra son consecuencia de la gracia santificante y apelan a la misma relación íntima y misteriosa del hombre con Dios, que puede considerarse desde distintas perspectivas. Las presentaremos, brevemente, a continuación.

1. *La inhabitación de la Santísima Trinidad* El beato Josemaría pone claramente de manifiesto que sólo Dios puede unirnos a sí mismo, que sólo Él nos puede santificar. Por tanto, la iniciativa procede del Padre ¹⁴: «(Dios) es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, [...] nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones» ¹⁵. Dios Padre manda a su Hijo al mundo para buscar a los hombres que se han alejado de Dios. Y el Hijo manda al Espíritu Santo al corazón de los redimidos ¹⁶. Pero, en última instancia, sigue siendo el Padre el que dona al Espíritu Santo *a través* de Cristo ¹⁷, con el fin de que la obra de la redención se aplique y lleve a término en cada hombre.

El Espíritu Santo es el don divino por antonomasia ¹⁸, el amor personal del Padre y del Hijo. A través de Él se ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones ¹⁹. Ser poseído por el Espíritu Santo significa ser poseído por el Amor de Dios, que inhabita con

14. Cfr. la homilía *Con la fuerza del amor*, en *Amigos de Dios*, n. 228.

15. Homilía *La Eucaristía, misterio de fe y de amor*, en *Es Cristo que pasa*, n. 84.

16. Cfr. *Io* 16,7; BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilías *La conversión de los hijos de Dios, La Ascensión del Señor a los cielos y El Espíritu Santo, el gran desconocido*, en *Es Cristo que pasa*, nn. 66, 118 y 130.

17. Cfr. *Tt* 3,6; *Es Cristo que pasa*, n. 85.

18. Cfr. *Hec* 2,38ss; 11,17; *Es Cristo que pasa*, n. 127.

19. Cfr. *Rom* 5,5; *Col* 1,22; BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía *La esperanza del cristiano*, en *Amigos de Dios*, n. 125.

su esencia divina increada²⁰ en el alma en gracia. El hombre llega a ser de este modo santuario de Dios²¹. A menudo, el fundador del Opus Dei recuerda a los cristianos su excelsa dignidad, con las conocidas palabras de san Pablo: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»²².

A causa del carácter de relación de las Personas divinas y de su inseparable e íntima unión, fundada en ella (a causa de la «*circuminsessio*»), el envío del Espíritu Santo trae como consecuencia la presencia del Padre y del Hijo. El beato Josemaría habla de la «corriente trinitaria de amor por los hombres»²³. La *entera* Trinidad, subraya, «desea vivamente morar en el alma nuestra»²⁴: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y habitaremos en él»²⁵. Padre, Hijo y Espíritu Santo actúan conjuntamente en el alma en gracia²⁶. El beato Josemaría se esforzó sobremedida para que los cristianos abrieran los ojos a la maravilla que se realiza dentro de ellos: «El corazón necesita, entonces —explica—, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia»²⁷. Y da el siguiente consejo (místico): «en la intimidad de tu alma, ¡bien le puedes abrazar! (al Niño Jesús)»²⁸.

En consecuencia, la inhabitación no corresponde *exclusivamente* a la tercera Persona²⁹; pero a ella se «apropia» la obra de

20. «Inhabitatio substantialis sive personalis» (cfr. DS 1.678).

21. Cfr. *Rom* 8,9; *1 Cor* 6,19; BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Homilías Porque verán a Dios*, en *Amigos de Dios*, n. 178; *Cristo presente en los cristianos*, en *Es Cristo que pasa*, n. 103.

22. *1 Cor* 3,16; cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 134.

23. *Es Cristo que pasa*, n. 85.

24. *Ibidem.*, n. 84; cfr. también *Forja*, n. 15.

25. *Io* 14,23; cfr. también *2 Cor* 6,16; cfr. *Amigos de Dios*, n. 306.

26. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 118.

27. *Amigos de Dios*, n. 306.

28. *Forja*, n. 345.

29. Piensan algunos autores que debe atribuirse al Espíritu Santo, además de la inhabitación *general* de la Trinidad, una inhabitación *especial*. Según semejante teoría, la inhabitación no sería sólo un *appropriatum*, sino también un

nuestra santificación. En relación a este extremo, el fundador del Opus Dei subraya con vigor extraordinario la singular acción del Espíritu Santo en el alma humana.

El Espíritu Santo constituye el principio de la nueva vida; y, en la medida en que establece un encuentro personal de enorme fuerza e intimidad entre el cristiano y Cristo, produce la incorporación a Cristo³⁰. Tal vez se trate de uno de los misterios más profundos del hombre en gracia, el hecho de que Cristo sea su vida y, al mismo tiempo, el cristiano no deje de ser él mismo³¹. Pero lo que Cristo realiza, lo hace siempre como mediador entre Dios y los hombres. No es sólo *Meta*, sino también, y de manera particular, *Camino*; no es sólo el Revelado, sino también el Revelador. Su entera naturaleza muestra un continuo tender hacia el Padre. Por eso, la unión con Él representa una auténtica participación en la relación que tiene con el Padre. Y, así, el cristiano es elevado en Cristo a la filiación divina³². Su incorporación a Cristo tiene en definitiva como meta el encuentro con el Padre celestial. Tal encuentro se torna posible gracias a la fuerza del Espíritu Santo. Además, se encuentra vivificado y animado por la acción de la tercera Persona divina, que suscita en el cristiano el «sentido» de su filiación divina³³. «Si somos dóciles al Espíritu Santo», insiste el beato Josemaría, «la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre», de modo que, al

proprium adecuado a la tercera Persona. Esta tesis, sin duda muy discutible, se remonta a algunos teólogos del siglo XVII, como Lessius (muerto en 1623), Petavius (muerto en 1647), Thomassin (muerto en 1655) y también a Matthias Joseph Scheeben, *Die Mysterien des Christentums II*, Friburgo 1951, pp. 518 ss. Una profunda doctrina sobre la inhabitación del Espíritu Santo ha sido propuesta por LEÓN XIII en la encíclica *Divinum illud munus* (9-V-1897); cfr. también JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem* (18-V-1986), nn. 58 ss.

30. Cfr. *Gal* 5,25; *2 Cor* 13,14; cfr. también J. STÖRH, *La vida del cristiano según el espíritu de la filiación divina*, en «Scripta Theologica» 24 (1992/3) p. 885.

31. Cfr. *Gal* 2,20; cfr. SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Ps.* 17,51 (36, 154) *et in Ps.* 90, II, 1 (*PL* 37, 1159); cfr. también BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Via Crucis*, VI Estación.

32. Cfr. *Forja*, n. 265.

33. Cfr. *Rom* 8,16; *Es Cristo que pasa*, n. 131.

final, «nos abandonaremos en las manos de nuestro Padre Dios, con la misma espontaneidad y confianza con que un niño se arroja en los brazos de su padre»³⁴.

Aquí, el encuentro iniciado por el Espíritu Santo encuentra su término, por cuanto se torna al Padre, origen de todo el movimiento. En el Espíritu Santo y mediante Cristo, el hombre en gracia se introduce en la vida de la Trinidad³⁵. Puede, por tanto, vivir como hijo delante de Dios Padre.

2. *La elevación de la naturaleza humana* El Espíritu Santo introduce al cristiano en el amor de la Trinidad divina. Él, que es la intimidad de Dios, entra en el interior del hombre y lo eleva por encima de sí mismo, sumergiéndolo en el corazón de Dios. En efecto, a través de la gracia, lo hace participar de la naturaleza divina³⁶.

Cuando un hombre recibe la gracia divina, es engendrado a la vida sobrenatural³⁷, renace desde Dios en el amor de libertad³⁸. Este renacimiento constituye una operación eficaz de Dios que toma el ser más íntimo del hombre, lo transforma y lo eleva. En ella se lleva a término la comunicación de la vida divina. Y por eso puede considerarse como una analogía de la generación eterna del Hijo. De esta suerte, la gracia indica de una forma particular la conformidad con el *Hijo* de Dios, que se hace semejante a nosotros con el fin de que nosotros nos hagamos semejantes a Él, que se abaja para ensalzarnos. Ciertamente, nuestro nacimiento sobrenatural es infinitamente distinto de la generación eterna; pero Dios es nuestro Padre también a través de la única e idéntica relación por la que es el Padre de Cristo. Un cristiano vive en

34. *Es Cristo que pasa*, n. 135.

35. Cfr. *ibidem*, n. 133.

36. «Consortium divinae naturae»: 2 Pt 1,4. La gracia es una auténtica y física (aun cuando accidental y análoga) participación en la naturaleza divina: cfr. *S.Th.*, III, q. 2, a. 10 ad 1.

37. Cfr. *Surco*, n. 317; *Es Cristo que pasa*, n. 131.

38. Cfr. *Jo* 1,13; 3,3-6; *St* 1,17-18; *1 Pt* 1,23; BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía *Cristo Rey*, en *Es Cristo que pasa*, n. 180.

comuni3n f3sica con su Dios, es hermano de Cristo ³⁹ y, as3, hijo del Padre de la manera m3s real ⁴⁰. «¡Qu3 grande amor nos ha mostrado el Padre, haciendo que nos llamemos hijos suyos y lo seamos en efecto!» ⁴¹.

Jam3s el beato Josemar3a ha atenuado el realismo del pensamiento cristiano de los or3genes. Nunca tuvo miedo de afirmar que la gracia «diviniza» al hombre ⁴². De hecho, 3ste es introducido en la vida 3ntima de la Sant3sima Trinidad, asumido en la generaci3n del Hijo y en la expiraci3n del Esp3ritu Santo. Como consecuencia, pertenece a la familia de Dios en el sentido m3s aut3ntico ⁴³, y, por eso, entra en confidencia con Dios.

El fundador del Opus Dei gozaba al considerar la frase del Evangelio de Juan «Os he llamado amigos» ⁴⁴; y si subrayaba que la amistad con Dios no debe estar fundada necesariamente en la filiaci3n ⁴⁵, insist3a tambi3n en el hecho de que la filiaci3n sobrenatural incluye siempre el ofrecimiento de la amistad y en ella alcanza su cumplimiento ⁴⁶. No sucede siempre as3 en las relaciones terrenas: los hijos no son necesariamente amigos de sus padres; pueden perder su amor, sin que por eso dejen de ser hijos. Al contrario, la gracia divina nos convierte en hijos de Dios hasta el extremo de que nosotros, en la medida en que seguimos siendo sus hijos, somos tambi3n, simult3neamente, sus amigos.

En relaci3n a nosotros, Dios no desea sino ser un buen padre. «Siendo el Creador del universo, no le importa que no utilicemos t3tulos altisonantes, ni echa de menos la debida confesi3n de su

39. *Rom* 8,29: «con el fin de que 3l sea el primog3nito entre muchos hermanos». Cfr. *S.Th.*, III, q. 23, a. 1; BEATO JOSEMAR3A ESCRIV3, Homil3a *A Jes3s por Mar3a*, en *Es Cristo que pasa*, n. 145.

40. *S.Th.*, III, q. 23, a. 3: «Filiatio adoptionis est quaedam similitudo filiationis naturalis».

41. *1 Io* 3, 1-2. Cfr. BEATO JOSEMAR3A ESCRIV3, Homil3as *El trato con Dios*, en *Amigos de Dios*, n. 143; *Con la fuerza del amor*, en *Amigos de Dios*, n. 228.

42. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 133.

43. «Domestici Dei»: *Eph* 2, 19; cfr. *Forja*, n. 587.

44. *Io* 15,15; cfr. tambi3n *Eph* 2,19; *Rom* 5,10; *Es Cristo que pasa*, n. 93; *Amigos de Dios*, n. 315; *Conversaciones*, n. 102.

45. *Es Cristo que pasa*, n. 185.

46. Cfr. *Surco*, n. 750.

señorío»⁴⁷. Conduce al hombre hasta su amor personal, lo introduce en el núcleo más íntimo de su vida y le confía sus misterios. Su obrar no tiene otra pretensión que la de hacer que sus hijos alcancen la libertad y la felicidad⁴⁸, tanto en esta vida como en la otra. En su inefable decisión, además de la gracia concede a los hombres (como hermanos de Cristo) incluso el *derecho* a la gloria eterna⁴⁹. Este derecho incluye todo cuanto es Suyo, el cielo y la tierra por entero; y se confirma de manera definitiva e irrevocable cuando la vida humana alcanza su término, y el cristiano es acogido para siempre en su verdadera patria. «Entretanto —dice el beato Josemaría—, hemos de estar alerta, a la escucha de aquellas llamadas que San Ignacio de Antioquía notaba en su alma, al acercarse la hora del martirio: *ven al Padre*, ven hacia tu Padre, que te espera ansioso»⁵⁰.

III. INDICACIONES PARA LA VIDA CRISTIANA

La persona ha sido creada, si atendemos a su más profunda determinación teológico-religiosa, para responder a la llamada de Dios, para aceptar la gran invitación a pertenecer a la familia de Dios. La meta es muy alta: reflexionar sobre ella puede convertirse en estímulo y fuente de alegría. Pero también puede suceder que una «pobre criatura», que conoce sus debilidades y no se considera sino como un «puñado de fango»⁵¹, se descorazone frente a semejante objetivo. ¿Quién podría conceptuarse digno de participar en los misterios de la Trinidad Beatísima?

1. *La «Trinidad de la tierra»* El beato Josemaría conocía el corazón de los hombres; conocía las dudas que pueden asaltar a cualquier cristiano. No obstan-

47. *Es Cristo que pasa*, n. 64.

48. Cfr. *Via Crucis*, Prólogo.

49. Cfr. *Tt* 3,7; cfr. DS 1.528; 1.545.

50. *Amigos de Dios*, n. 221 (Ignacio de Antioquía, *Epistola ad Romanos*, 7, 2: PG 5, 694); cfr. también *Surco*, n. 885.

51. Cfr. *Gen* 2,7; *Via Crucis*, Prólogo.

te, encontró un camino «fácil» hacia Dios, y, en prueba de sincera gratitud, animaba también a los demás a recorrerlo. El propio Cristo abrió este camino con su Encarnación, cuando escogió para sí una madre humana y un padre humano (con san José le ligaba un parentesco espiritual y jurídico), y de esta suerte fundó sobre la tierra una «familia divina». Uniéndose espiritualmente a esa familia —enseña el fundador del Opus Dei—, uno viene gradualmente, como por sí mismo, introducido en la vida íntima de Dios, gracias al trato frecuente con Jesús, María y José ⁵².

Inspirándose en el arte cristiano, al beato Josemaría le gustaba llamar a la familia de Nazaret la «Trinidad de la tierra», que remite a la Trinidad del cielo ⁵³. Ciertamente, sus palabras no pretendían tener carácter *dogmático*. No puede darse una analogía en el plano ontológico, porque las relaciones mutuas entre Jesús, María y José son completamente distintas de las del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en las Procesiones eternas ⁵⁴. Sin embargo, desde el punto de vista espiritual la imagen se presenta tremendamente reveladora, por cuanto ilumina el camino fácil que lleva a Dios: cuando un cristiano se introduce en la vida de Jesús, comienza a imitar al Hijo de Dios hecho hombre, y se une amorosamente con María y José, se sentirá cada vez más inmerso en la Familia de Nazaret. En ella puede aprender tanto a tratar con sencillez a Dios trino como a dirigir su vida con una serena tranquilidad. Se habitúa a contemplar los sucesos de cada día

52. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 221.

53. Esta expresión se remonta con toda probabilidad a JUAN GERSON (1363-1429), quien, por primera vez, en una homilía pronunciada en el Concilio de Constanza, denominó a la Sagrada Familia con el título de «Trinidad» terrena (*Sermo de Nativitate B. Mariae Virginis. Ioannis Gersonii, Op. omnia*, vol. III, Attwepiae 1706, col. 1.345-1.358).

54. También la tesis según la cual el hombre es imagen del Hijo y la mujer del Espíritu Santo, presenta un interés limitado para la cuestión que estamos tratando: pues san José se muestra como imagen del Padre gracias a su relación espiritual y jurídica con Jesús. Una exposición elemental de esta tesis la ofrece Blanca Castilla y Cortázar en su artículo: *¿Fue creado el varón antes que la mujer? Reflexiones en torno a la antropología de la creación*, en «*Annales Theologici*» 6 (1992) pp. 319-366, en particular p. 361.

desde el punto de vista de Dios y adquiere una paz interior cada vez más profunda. «La paz de sabernos amados por nuestro Padre Dios, incorporados a Cristo, protegidos por la Virgen María, amparados por San José», explica el beato Josemaría. «Esta es la gran luz que ilumina nuestras vidas y que, entre las dificultades y miserias personales, nos impulsa a proseguir adelante animosos»⁵⁵.

Para el beato Josemaría, una confiada relación con María y con José pertenece al núcleo esencial de una vida espiritual basada en la filiación divina⁵⁶. Esta relación se cimenta antes que nada en la identificación del cristiano con Cristo, es decir, en la búsqueda de la comunión con Cristo. Con todo, desde una perspectiva más profunda, es María —la Madre del Salvador y mediadora de todas las gracias⁵⁷— la que nos da a Cristo y participa con extremada hondura en nuestro renacimiento espiritual. Puesto que es Madre de Cristo, llega a ser también madre nuestra, gracias a nuestra incorporación a Cristo⁵⁸. Lo mismo sucede con san José, que puede, como verdadero marido de María, llamarse *padre* de su primogénito y de todos sus hijos⁵⁹. Lo que quiere decir que la relación con María (y también con José) no sólo es *consecuencia*, sino también, misteriosamente, *fundamento* de nuestra comunión con Cristo. Ambos nos dan antes al Hijo, que nos conduce después a sus padres terrenos, con el fin de que aprendamos de ellos a tener una relación más afectuosa con Él. «El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»⁶⁰.

Nuestras relaciones con María y José, por un lado, y, por otro, con Jesús, resultan por tanto recíprocas, pero no completamente simétricas. Jesús nos lleva hasta sus padres, para que éstos nos

55. *Es Cristo que pasa*, n. 22.

56. Cfr. *Forja*, n. 354.

57. Cfr. Alocución de Pablo VI, del 21-11-1964, durante el Concilio Vaticano II, cuando se aprobó la constitución sobre la Iglesia: AAS 56 (1964) pp. 1.015 ss. Cfr. también *Lumen gentium*, n. 61.

58. Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 141 y 171.

59. Cfr. *Camino*, n. 559.

60. *Santo Rosario*, Al lector.

conduzcan nuevamente hasta Él, para que nos hagan ver cómo podemos amar al Hijo de Dios de manera sencilla, como niños, y, por fin, cómo podemos llegar en Él y con Él a nuestro Padre del cielo. Nuestra vida de piedad mariana y nuestra veneración por san José resultan, pues, cristocéntricas, y poseen una fuerte componente trinitaria, tal como el beato Josemaría expone en muchos lugares de su obra. La última meta de la vida interior es expresar de manera cada vez más clara la filiación divina.

2. *La audacia de la filiación divina* A través de la acción del Espíritu Santo (y de la cooperación de María y José), el cristiano viene a encontrarse, por lo que respecta a su Padre Dios, en una relación de amistad y amor personales. Estrechar la amistad, amar y ser amado, compartir los mismos sentimientos y soportar juntos las dificultades, pertenece netamente a las más hondas necesidades del alma humana. «Bienaventurado el que ha encontrado un verdadero amigo»⁶¹. Al mismo tiempo, toda amistad lleva consigo un riesgo, por cuanto la correspondencia de los otros a la amistad nunca puede preverse de antemano. Esto vale también en el caso de la amistad entre Dios y el hombre, porque también ella está sometida a pruebas. Si estas pruebas se soportan y superan, queda demostrado el verdadero desinterés que proviene del amor. Precisamente por este riesgo y audacia sobrenaturales, el beato Josemaría habla de la maravillosa «aventura» de la filiación divina⁶².

Considerándolo de manera *objetiva*, sólo Dios corre realmente un riesgo en el amor hacia sus hijos. Se arriesga con los hombres, a pesar de conocer sus debilidades y su naturaleza caída, incluso si se prescinde del hecho de que corre en cierto modo el peligro de ser tratado por ellos como algo que se usa, o de ser maltratado como un objeto inútil⁶³. Con todo, también el hombre corre un

61. *Sir* 25, 12 (Vulg.); cfr. también 6, 14-16; BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilías *El corazón de Cristo, paz de los cristianos*, en *Es Cristo que pasa*, n. 166; *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 315.

62. Cfr. *Surco*, n. 184.

63. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 93.

riesgo, al menos desde el punto de vista subjetivo, cuando se abandona a Dios: sabe con certeza que Dios envía pruebas inesperadas a sus mejores amigos ⁶⁴.

El principal obstáculo para captar el sentido de la filiación divina consiste justamente en la ceguera de la razón humana, que no descubre su relación con la cruz. Todos saben por experiencia personal (y por sus múltiples contactos con los demás hombres), que un cristiano puede negarse a considerar a Dios como Padre bueno, cuando Él, en su providencia, dispone las cosas de modo distinto a como se desea o espera. El beato Josemaría rechazaba netamente esta visión superficial de la bondad de Dios, tomando sin embargo en consideración, con radical seriedad, el dolor humano en todas sus dimensiones ⁶⁵. Para él, la filiación divina no era nunca una especie de sentimiento ni, tampoco, un goce derivado de sensaciones agradables, ni una coartada para llevar una vida cómoda. Enseñaba que el dolor y el sufrimiento pertenecen de modo natural a la vida de un hijo de Dios. Aquellos a los que el Señor llama a estar cerca de Sí, son llamados también a clavarse en la cruz; Dios los trata como al hijo amado, al que no ahorró el más oscuro sufrimiento en su designio inescrutable: «Estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz» ⁶⁶. Estar cerca de la cruz significa poder vivir como hijo de Dios de una forma particularmente intensa. «Dios es mi Padre, aunque me envíe sufrimiento. Me ama con ternura, aun hiriéndome [...] ¿podré quejarme si encuentro por compañero de camino al sufrimiento? Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo» ⁶⁷.

Hace dos mil años la cruz no fue evitada mediante una intervención divina (ni, con ella, los pecados de los hombres); del mismo modo, el dolor (como *consecuencia* del pecado y como *pecado en sí*) y el sufrimiento anunciarán hasta el final de los

64. Por ejemplo, en la historia de Abraham: *Gen* 11,26-25,111. Abraham es presentado siempre en la Sagrada Escritura como amigo de Dios; cfr. *2 Cr* 20,7, *Jdt* 8,25-27, *Is* 41,8.

65. Cfr. *Surco*, nn. 233, 245, 251; *Forja*, n. 793.

66. *Amigos de Dios*, n. 301.

67. *Via Crucis*, I Estación, *Puntos de meditación*, n. 1.

tiempos el misterio sin fundamento del poder humano, frente al que el propio Dios omnipotente quiere inclinarse. Y así como el propio Cristo, en plena conformidad con el Padre celestial, tomó sobre sí la cruz para demostrar a los hombres que el amor de Dios llegaba hasta sus últimas consecuencias, también los cristianos están llamados a llevar su cruz, y a descubrir en ella el misterio del amor generoso y de la redención sobreabundante. Todo lo cual nos permite comprender el motivo por el que el fundador del Opus Dei anima a amar la cruz⁶⁸, que es un signo cierto de predilección y garantía de la auténtica filiación divina⁶⁹. Sin una honda explicación del dolor humano, y sin el esfuerzo adecuado para soportarlo bien y voluntariamente —y de este modo «corredimir»⁷⁰—, no se comprende lo que significa ser amigo íntimo de Dios.

De todas formas, nosotros no hemos sido redimidos a través del dolor en sí mismo, sino por medio de un infinito amor, que se ha manifestado en la aceptación del sufrimiento. Por eso, la aceptación del dolor y de la privación por parte de un cristiano, no se dirige, como es lógico, al sufrimiento en sí, es decir, a la cruz en sí misma, sino a Aquel que ha sido crucificado. Y también *Su* amor se configura de este manera: quiere donarse, ofrecerse⁷¹. De ahí que el amante (no el amado) exija continuos y cada vez más claros testimonios de amor. Puesto que no quiere que su suerte sea mejor que la de Cristo crucificado, busca su misma suerte. En virtud de la ley fundamental de la amistad auténtica, tiende a tener la misma opinión, la misma voluntad, el mismo corazón y el mismo espíritu de Cristo, y a ser tratado como Él. «No perdiéndote a Ti, para mí no habrá pena que sea pena»⁷², rezaba el beato Josemaría. Hablaba del «deseo» de mostrarse como un verdadero hijo⁷³, como auténtico amigo de Dios⁷⁴.

68. Cfr. *Camino*, n. 873; *Forja*, n. 1.

69. Cfr. *Surco*, n. 70.

70. Cfr. *Forja*, nn. 4, 26, 55.

71. Cfr. *Camino*, n. 866.

72. *Forja*, n. 253.

73. Cfr. *Surco*, n. 175.

74. Cfr. *Via Crucis*, XIII Estación, *Puntos de meditación*, n. 3.

En la relación con Cristo puede aprenderse poco a poco que el Padre celestial manda a sus amigos sólo lo que es bueno y útil, aun cuando desde el punto de vista mundano pudiera parecer que no es así. «Pero ¿me has vuelto a olvidar que Dios es tu Padre?» —pregunta el beato Josemaría—. «Omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso? Él no puede enviarte nada malo. Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos»⁷⁵. Dios es un amigo cuya cercanía va gustando más cuanto más se la aprecia. Conforme más dura la amistad con Él, tanto menos parece un riesgo, y tanto más una felicidad inmerecida. Se alcanza una alegría cada vez más estable —asegura el beato Josemaría—, porque ante todos los acontecimientos de la vida, nos sabemos rodeados por el amor paterno de Dios, haciéndonos capaces de amar la filiación divina «apasionadamente»⁷⁶. «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Que estén tristes los que se empeñan en no reconocerse hijos de Dios»⁷⁷.

3. *La «tensión» entre infancia y madurez espiritual* En cuanto *hijo*, el cristiano se encuentra en una relación viva de intercambio personal con su Padre Dios⁷⁸. La respuesta-donación lo solicita en todas sus dimensiones y realidades. Si intenta no poner obstáculos a la gracia —en caso contrario, rechaza el amor de Dios—, la filiación divina le imprime de manera progresiva el resello de una personalidad plena: la profunda y ontológica realidad de ser *hijo* delante de Dios se expresa con la vida de la gracia que crece también en su mentalidad, en su comportamiento, en su modo de pensar, de sentir, de desear y de hacer proyectos. Mientras continúa sobre la tierra no es perfecto, pero con la ayuda de Dios se va sintiendo cada vez más libre de la arrogancia, de la simulación,

75. *Ibidem*, IX Estación, *Puntos de meditación*, n. 4.

76. *Forja*, n. 333.

77. *Amigos de Dios*, n. 108.

78. Cfr. *Camino*, n. 897.

del cálculo ⁷⁹. Vive como un niño, con sencillez, sereno, desenvuelto, dócil, sin preocupaciones ⁸⁰, con una confianza invencible en su Padre omnipotente ⁸¹, y con la amplitud de la visión espiritual del legítimo heredero ⁸² que posee de algún modo todo el mundo; precisamente en la unión con Dios encuentra la mayor libertad para vivir ⁸³. Porque se sabe amado infinitamente por el Padre, puede amar infinitamente; porque sólo le importa Jesús, puede rechazar todo lo secundario. Porque depende únicamente de la palabra del Señor, es libre respecto a las palabras de los hombres; porque lo guía la sabiduría divina, no le importa parecer loco de amor de Dios ⁸⁴. Porque su fortaleza está cimentada sólo en Dios, no concede valor alguno al ser grande ante los hombres ⁸⁵.

En cualquier caso, surge la pregunta de cómo pueda conciliarse esta actitud con la tendencia a la santidad en medio del mundo. ¿Puede un padre de familia no preocuparse de nada? ¿No debe programar el futuro de sus hijos? ¿No debe asegurar el éxito de cuanto emprende? ¿No es menester cierta astucia para hacer uso de los derechos en un estado liberal? ¿En qué medida puede tolerarse o permitirse que un político no se ocupe de la opinión pública o permitir que un policía se comporte como un loco? La pregunta, en el fondo, es: ¿puede un cristiano que vive en el mundo dar la impresión de que quien sigue a Cristo actúa como un niño? Para el fundador del Opus Dei no existía este problema, no veía contradicción alguna entre un comportamiento sencillo y auténtico en relación a Dios y a los hombres, y la personalidad madura de un adulto. Incluso enseñaba que las dos cosas se pueden dar al mismo tiempo, pues de hecho se entreveran y apoyan recíprocamente: cuando un cristiano busca el trato con Jesús, se dirige hacia una plena madurez humana y sobrenatural ⁸⁶,

79. Cfr. *Mt* 18,1-5; *Mc* 9,33-37; *Es Cristo que pasa*, n. 143; *Amigos de Dios*, n. 102.

80. Cfr. *Camino*, nn. 862, 864, 868; *Surco*, n. 417; *Forja*, n. 226.

81. Cfr. *Camino*, nn. 857, 875; *Forja*, nn. 331, 348; *Es Cristo que pasa*, n. 64.

82. Cfr. *Camino*, n. 874; *Surco*, n. 96.

83. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

84. Cfr. *Camino*, nn. 438, 910, 916.

85. Cfr. *Camino*, nn. 869, 892; *Santo Rosario*, Al lector.

86. Cfr. *Surco*, n. 267; *Es Cristo que pasa*, n. 135.

que de algún modo resulta también necesaria para poder aceptar y sobrellevar la pruebas que Dios, por la confianza que deposita en nosotros, nos envía⁸⁷. Precisamente el hecho de que Dios esté dispuesto a hacer partícipes a los hombres de su vida íntima, hace ver con claridad la gran consideración en que tiene a sus criaturas⁸⁸. Dios no olvida al hombre, sino que cuenta con él y, en cierta forma, lo considera adulto cuando lo llama a seguir a Cristo⁸⁹. Al declarar a sus hijos mayores de edad, Dios no sólo les concede el derecho, sino también el deber de obrar en el mundo con responsabilidad y autonomía. En consecuencia, los hombres nunca se considerarán simples «espectadores» de la sociedad⁹⁰, sino que, al contrario, se esforzarán por llenar de espíritu cristiano todos los ámbitos en que se desenvuelvan⁹¹. La conciencia de la filiación divina lleva consigo un esfuerzo; sólo con una fuerte voluntad⁹², con conocimientos amplios⁹³ y con una disposición sincera a la entrega⁹⁴ resulta posible mostrarse verdaderamente como amigos de Dios en las situaciones más dispares, y dar testimonio del amor del Padre celestial.

La vida de un cristiano adulto no se opone a la vida de infancia, sino a la falta de madurez⁹⁵: a ese comportamiento egocéntrico, caprichoso, infantil, que puede darse a cualquier edad; al contrario, el que «entra» en Dios encuentra en Él su amor por el mundo, «penetra» en las Misiones divinas, y esto significa apostolado y evangelización en la realidad del mundo; por eso el cristiano se dirige a los restantes hombres con celo apasionado. Como hijo mayor de edad, adulto, pide la gracia de olvidarse de sí, y no le asaltarán las dudas al dedicarse con todas sus capacidades a la felicidad de los otros, aun cuando un fuerte viento

87. Cfr. *Camino*, nn. 853, 877, 888.

88. Cfr. *ibidem*, n. 854.

89. Cfr. *Gal* 4,103; *1 Cor* 3,1.

90. Cfr. *Surco*, n. 790.

91. Cfr. *ibidem*, n. 311.

92. Cfr. *Camino*, nn. 856, 883, 891.

93. Cfr. *ibidem*, n. 857.

94. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 147.

95. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 66.

choque contra su rostro y lo haga andar contra corriente⁹⁶. No tiene miedo ni a la vida ni a la muerte⁹⁷, por cuanto está convencido de no estar solo, y la presencia de Dios trino le hace sentirse siempre en familia, estar como en su casa en cualquier lugar en el que pare⁹⁸. Cuando la atmósfera que la gracia de Dios ha creado dentro de su corazón llega a trascender a su alrededor, el clima espiritual y humano se caldea de forma considerable, y el hijo de Dios puede sembrar paz y alegría⁹⁹ y ayudar a los hombres a vivir una vida llena de sentido. Por lo común, no experimenta dificultad alguna para ser solidario con todos sus hermanos¹⁰⁰, pero concede mayor valor a la amistad con Dios que a la del mundo.

I. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

Un estudio de las características del que ahora comenzamos, centrado en una cuestión de importante contenido teológico que se contempla, sin embargo, no en sí misma sino tal como aparece utilizada en los escritos de un maestro de vida espiritual como el beato Josemaría Escrivá, tiene dos posibles planteamientos. Uno de ellos consistiría en ir directamente a la cuestión que se va a analizar y comenzar a describir el método que se va a seguir en su estudio. El otro, que vamos a utilizar aquí, tiene además en su punto de partida una componente por así decir pre-teológica a la que se debe aludir por su valor iluminante, pues en ella se inspira una cierta precomprensión del tema, captado no ya sólo en los escritos del autor sino también y antes en su propia vida.

El pensamiento de Josemaría Escrivá, si se atiende a lo que manifiestan sus escritos de carácter espiritual y pastoral, debe ser descrito como esencialmente cristocéntrico. El misterio del Dios-Hombre es la fundamentadora principal —y, en cierto modo, la única— del pensamiento cristiano y

96. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 228.

97. Cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta*, Roma, 19-III-1954.

98. Cfr. F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei en el 50 aniversario de su fundación*, 2.ª ed., Pamplona 1985, p. 192.

99. Cfr. *Surco*, n. 59.

100. Cfr. *ibidem*, nn. 299, 303, 317.